
Características actuales de la movilización social en América Latina

MARCELA ALEJANDRA PARRA

Magister en Ciencias Sociales (FLACSO-México).
Candidata a doctora en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), España. Docente e investigadora en la Universidad Nacional del Comahue (UNCo), Argentina.

Resumen

La primera década del siglo XXI (2000-2010) registra una nueva configuración de los procesos de movilización social que se vienen desarrollando en los diversos países de América Latina. Esta nueva configuración da cuenta de algunas características distintas a las que presentaban los movimientos populares y sectoriales de la región en las décadas de los ochenta y noventa. Se trata de cualidades que no siempre abarcan a todas las experiencias de lucha social, pero presentan tendencias nuevas que desafían la comprensión y conceptualización de las ciencias sociales de hoy. En ese sentido, y sin pretender alcanzar una mirada totalizadora, se propone reflexionar acerca de algunas de las características principales de los procesos actuales de movilización social desde el diálogo con algunos autores referentes en esta temática, la articulación establecida con algunas experiencias de lucha desarrolladas en Argentina a partir de la crisis del 2001 y el diálogo con la sociedad civil movilizada en torno al conflicto en Chiapas y al movimiento zapatista.

Abstract

The first decade of the century (2000-2010) shows a new configuration of social mobilization processes being developed in various countries in Latin America. This new configuration gives an account of some characteristics different from that presented the popular movements in the region and sector in the 80's and 90's. These are qualities not always cover all the experiences of social struggle but present new trends that defy understanding and conceptualization of the social sciences today. In that sense, and without trying to reach a totalizing view, is intend to reflect on some of the main features of the current processes of social mobilization, through dialogue with some authors referring in this area, established the joint struggle with some experiences developed in Argentina after the 2001 crisis, and dialogue with civil society mobilized over the conflict in Chiapas and the Zapatista movement.

Palabras clave

Características, movilización social, continuidades/discontinuidades

Keywords

Features, social mobilization, continuity/discontinuity

Cómo citar este artículo

Parra, Marcela Alejandra 2011 "Características actuales de la movilización social en América Latina" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XII, N° 30, noviembre.

Introducción

Nuestro punto de partida es la utopía...

Luchamos por construir un mundo más justo, más solidario y más humano, por un mundo donde las relaciones sociales no estén regidas por una lógica instrumental sino por una lógica de la afectación y de la búsqueda del bien común. Luchamos contra el capitalismo deshumanizante y su lógica mercantilista de explotación de unos hombres por otros. Luchamos por construir, desde nuestro lugar, y como dicen los zapatistas, *un mundo donde quepan muchos mundos*. Ese es el horizonte que nos guía, hacia el cual nos dirigimos y a partir del cual hacemos la presente reflexión acerca de las características actuales de la movilización social en América Latina.

Siguiendo a Oliver Costilla (2007) podemos decir que, en la primera década del siglo XXI, ha surgido un nuevo tipo de protestas, luchas ciudadanas y movimientos sociales en diversos países de América Latina. Dichos movimientos registran algunas características distintas a las que presentaban los movimientos populares y sectoriales de la región en las décadas de los ochenta y noventa. Se trata de cualidades que no siempre abarcan a todos los procesos de movilización pero presentan tendencias nuevas que desafían la comprensión y conceptualización de las ciencias sociales de hoy.

En ese sentido, y sin pretender alcanzar una mirada totalizadora del proceso de movilización social en nuestros países, nos proponemos reflexionar acerca de algunas de las características principales de dicho proceso desde el diálogo con algunos autores referentes en esta temática y desde la *articulación* (Haraway, 1991) que hemos establecido con algunas experiencias de lucha desarrolladas en Argentina a partir de la crisis del 2001 en el marco de nuestra tesis doctoral. Asimismo, incluiremos algunas reflexiones surgidas de la experiencia de nuestro trabajo de maestría realizado en torno al conflicto en Chiapas y al movimiento zapatista.

El aumento de la conflictividad social durante la década del noventa como contrapartida de la implementación de las políticas neoliberales

Según Seoane y Taddei (2003), nuestra región estuvo caracterizada, durante la segunda mitad de la década del noventa, por un sostenido incremento de la protesta

social orientada al cuestionamiento del modelo neoliberal y por la afirmación de movimientos sociales de significación nacional.

En ese sentido, el balance acerca de la década 2000-2010, que en este texto vamos a caracterizar, tiene sus raíces en este proceso de ampliación de los procesos de movilización social producidos en el marco de la crítica a la configuración actual del sistema capitalista.

Para los autores antes mencionados, esta profundización de la conflictividad social expresa la doble crisis que cuestiona al régimen neoliberal: la crisis económica de carácter recesivo que parece extenderse a nivel regional e internacional y la crisis de la legitimidad que dicho régimen neoliberal pareció conquistar –aun de manera inestable– en la primera mitad de la década.

Al mismo tiempo, este incremento de la protesta social no sólo se manifiesta de un modo cuantitativo –que fue sistemáticamente registrado por el Observatorio Social de América Latina (OSAL) en 19 países de la región latinoamericana–, sino que puede ser entendido desde un punto de vista cualitativo y conceptualizado como un *ciclo de protesta* (Tarrow, 1997) que debe analizarse desde su inscripción en las transformaciones producidas a partir de la implantación del neoliberalismo (Seoane y Taddei, 2003).

Como hitos iniciales de este ciclo puede mencionarse el levantamiento zapatista de inicios de 1994; la “Guerra del agua” cochabambina y las luchas del movimiento cocalero en el Chapare boliviano; los levantamientos indígenas de 1996 y 2000 impulsados por la CONAIE en Ecuador que culminaron con la caída de los respectivos gobiernos; la emergencia y extensión del Movimiento de Trabajadores Desocupados en Argentina; las iniciativas de ocupaciones de tierras masivas de carácter nacional protagonizadas por el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra (MST) en Brasil; las movilizaciones campesinas en Paraguay y su rol en la caída del presidente Cubas Grau; las intensas protestas sociales y la experiencia de los Frentes Cívicos regionales en Perú que signarán el fin del régimen de Fujimori; etcétera (Seoane y Taddei, 2003).

El desarrollo de este ciclo de protestas sociales no ha sido homogéneo ni lineal aunque sí lo suficientemente extendido como para hablar de su magnitud regional y para producir interrogantes acerca de la configuración específica de estas protestas, sobre la naturaleza de las fuerzas que en el enfrentamiento se constituyen y sobre los sujetos colectivos que las encarnan (Seoane y Taddei, 2003).

La emergencia, consolidación y extensión de estos movimientos sociales presenta particularidades tanto por sus características organizativas como por sus formas de lucha, sus inscripciones identitarias, sus conceptualizaciones de la acción colectiva y sus entendimientos en relación al poder, la política y el Estado (Seoane y Taddei, 2003); que marcan continuidades y rupturas con los producidos en décadas anteriores y que marcan la singularidad de los procesos que se vienen dando en esta última década.

Este incremento de la protesta social en América Latina se ha desarrollado de manera casi simultánea al crecimiento de las luchas en otras regiones del planeta (particularmente en Europa y, en menor medida, en América del Norte y Asia), conformando lo que se ha denominado movimiento antiglobalización, globalifóbico, movimiento antimundialización neoliberal (Seoane y Taddei, 2003) o incluso llegándose a hablar de un nuevo internacionalismo (Svampa, 2007).

“Si bien la fragmentación de las formas de protesta no constituye un dato ontológico inmodificable, sí señala la dificultad de imaginar un ‘todos juntos’ a la vez que indica que la construcción de nuevas perspectivas de emancipación social es aún muy tenue.”

Momentos cruciales de este proceso han sido las movilizaciones de Seattle en noviembre de 1999, de Praga en el año 2000 y de Génova en el 2001; que posteriormente se han desarrollado como dinámicas del Foro Social Mundial y de rechazo a la formalización del ALCA (Oliver Costilla, 2007).

En ese sentido, según Oliver Costilla (2007), pueden señalarse dos contextos de la movilización social: uno interno, donde se da un incremento de la resistencia social y de la sociedad civil en relación a los efectos de las políticas económicas neoliberales, a la reforma conservadora del Estado, al Estado mínimo y al ajuste estructural; y uno internacional, el cual está marcado por la movilización y la resistencia social a la hegemonía estadounidense y al neoliberalismo.

Sin embargo, vale aclarar que los movimientos producidos en América Latina han tenido características diferenciales respecto a aquéllos producidos en los países centrales. En ese sentido, ya desde la década anterior, Gutiérrez (1989) señalaba que el proceso de lucha de un país dependiente era irreductible a los procesos de lucha que se registran en los países centrales, aún cuando los mismos fueran protagonizados por los pobres, los oprimidos o las juventudes contestatarias.

De este modo, específicamente en América Latina, estos nuevos espacios de coordinación han estado signados particularmente por la evolución de los llamados acuerdos sobre liberalización comercial y se han conformado en resistencia a la iniciativa norteamericana de subsumir a los países de la región bajo un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) (Svampa, 2007).

Al mismo tiempo, mientras que en los países latinoamericanos los movimientos sociales en general han sido protagonizados por sectores populares provenientes sobre todo de la clase trabajadora, la clase media baja y de los campesinos desplazados arrinconados en una sociedad alterna expulsada del marco institucional; en los países centrales dichos movimientos se han conformado a partir de la sumatoria de un gran número de individualidades provenientes en su mayor parte de la clase media que, en el marco de una sociedad de consumo, se articularon como movimientos básicamente de contracultura que se constituyen como alternos pero dentro de la institucionalidad (Gutiérrez, 1989).

Sintetizando lo hasta aquí expuesto, podemos decir que el período 2000-2010 que vamos a analizar en este artículo tiene sus raíces en un incremento de la conflictividad social que se inicia en la década anterior, que se da en el marco de la crítica al neoliberalismo actual y que, si bien se desarrolla en distintos puntos del planeta, adquiere características específicas en América Latina.

Tendencias actuales de los procesos de movilización en América Latina

Como dijimos anteriormente, en la primera década del siglo XXI ha surgido un nuevo tipo de protestas, luchas ciudadanas y movimientos sociales en diversos países de América Latina. Estos movimientos registran algunas características distintas a las que presentaban los movimientos populares y sectoriales de la región en las décadas de los ochenta y noventa (Oliver Costilla, 2007).

Dichos movimientos sociales se ubican en oposición radical al neoliberalismo y al estado mínimo siendo que esta oposición es mayor y más clara que en épocas anteriores (Oliver Costilla, 2007).

Distintos autores (entre ellos Gutiérrez, 1989; Zibechi, 2003; Svampa, 2007; Vakaloulis, 1999; Ciuffolini, 2007; Colectivo Situaciones, 2002; Oliver Costilla, 2007; Dávalos, 2006; etc.) han reflexionado sobre las particularidades que los actuales procesos de movilización social adquieren en nuestro continente.

Dichas características, aunque no siempre abarcan a todos los procesos de movilización social (Oliver Costilla, 2007), atravesarían a los nuevos movimientos sociales por encima de sus diferencias nacionales y sectoriales, abarcando movimientos indígenas como el zapatismo; movimientos territoriales urbanos como las organizaciones piqueteras en Argentina, la Fejuve en Bolivia, los Sin Techo en Brasil; movimientos rurales como el MST en Brasil; movimientos socio-ambientales como los movimientos *antirepresa* en Brasil, los movimientos de resistencia campesino indígena en Perú y Ecuador, las nuevas asambleas ciudadanas contra la minería a cielo abierto en Argentina y Chile; entre otros (Svampa, 2007).

Estas nuevas tendencias desafían la comprensión y conceptualización de las ciencias sociales de hoy (Oliver Costilla, 2007). En ese sentido, sin pretender construir una mirada totalizadora del proceso de movilización social en nuestros países, nos proponemos reflexionar acerca de las características principales de dicho proceso desde el diálogo con autores que han reflexionado acerca de este tema y desde la *articulación* (Haraway, 1991) que hemos establecido con algunas experiencias de lucha desarrolladas en Argentina (asambleas barriales, fábricas recuperadas, movimientos de desocupados, nodos de trueque) a partir de la crisis del 2001 en el marco de nuestra tesis doctoral.

Fragmentación de las formas de protesta y articulaciones incipientes

Según Vakaloulis (1999), si bien la fragmentación de las formas de protesta no constituye un dato ontológico inmodificable, sí señala la dificultad de imaginar un “todos juntos” a la vez que indica que la construcción de nuevas perspectivas de emancipación social es aún muy tenue.

El aspecto positivo de esta fragmentación sería el fin de un cierto vanguardismo de clase que caracterizó históricamente al movimiento obrero. El aspecto negativo referiría a los obstáculos que impiden discernir los lineamientos de un movimiento conjunto en el seno de la conflictividad contemporánea (Vakaloulis, 1999) y al hecho de que dicha fragmentación estaría enmarcada en un proceso de reestructuración capitalista que mina las bases de la organización y presencia política de la clase trabajadora, estando esto relacionado con la relativa pérdida del proyecto estratégico emancipador propio de los movimientos obreros y campesinos clásicos (Dávalos, 2006).

Respecto a esto último, siguiendo a Dávalos (2006) podríamos decir que nos encontramos frente un debilitamiento de la capacidad de construir una estructura de dirección organizada con alta capacidad política y con un proyecto de largo alcance, atributos necesarios pero que exigen una calidad diferente a la de los viejos partidos burocráticos y jerárquicos de la izquierda y de los activistas sociales tradicionales (Dávalos, 2006).

En suma, actualmente habría una especie de contradicción entre las fuertes aspiraciones de cambio social y un horizonte histórico limitado (caída del “socialismo real”; fuerza del mercado; etc.), desfase que limitaría el impacto político de los movimientos sociales e inscribiría su empirismo reivindicativo en una temporalidad más bien corta (Vakaloulis, 1999).

No obstante, Oliver Costilla (2007) observa que, si bien después de los grandes e incluyentes movimientos antidictatoriales y por la democratización político electoral (Argentina, 1983; Brasil, 1983-1984; México, 1988; entre otros), la mayor parte de las luchas sociales de los años ochenta y noventa estuvieron ligadas a reivindicaciones y procesos vinculados a intereses sociales sectoriales (vivienda, salud, educación, servicios, regularización de la propiedad, obtención de créditos, etc.) que en general eran enarboladas básicamente por activistas minoritarios; desde finales de los años noventa, y especialmente a partir del año 2000, las protestas, las luchas ciudadanas y los movimientos sociales que se han presentado en América Latina expresan la participación amplia de la sociedad civil y conforman sus demandas y sus políticas a partir de un proceso de debate y unidad ideológico y político.

En este sentido, si bien podemos seguir hablando de cierta fragmentación de los procesos de movilización social, también tendríamos que empezar a pensar en términos de las articulaciones incipientes que entre las distintas luchas sociales se van produciendo, las cuales responderían a lógicas diferentes de aquellas que caracterizaron a los movimientos más clásicos.

Territorialización de las formas de lucha y resignificación de antiguos espacios

En la actualidad, tanto para los movimientos urbanos como para los rurales, el territorio se ha transformado en un espacio de resistencia, resignificación y creación de nuevas relaciones sociales (Svampa, 2007) a la vez que se ha constituido en un nuevo *locus* de poder y de confrontación en tanto el centro de la conflictividad se ha trasladado de lo nacional a lo local (Dávalos, 2006).

En ese sentido, el territorio en tanto dimensión material y de autoorganización comunitaria aparece como uno de los rasgos constitutivos de los movimientos sociales en América Latina, sean estos movimientos campesinos, de corte étnico, socioambientales o incluso urbanos (Svampa, 2007).

En nuestro caso, dicha territorialidad emerge reflejada fundamentalmente en las experiencias de las asambleas barriales, los nodos de trueque y los movimientos de desocupados, instancias organizativas todas ellas fundamentalmente ancladas en el espacio territorial de los barrios.

En este marco, desde una de las organizaciones piqueteras con las que nos articulamos en Neuquén, nos comentaban: “la ciudad está dividida en cuatro zonas,

la tenemos nosotros dividida en cuatro zonas. La zona norte donde hay dos o tres barrios que están organizados que es para Centenario, la zona sur de la ruta para abajo, la zona oeste que ahí tuvimos que dividir en tres partes porque es muy grande y la zona este que es cerca del centro" (conversación con una de las dirigentas de Barrios de Pie. Neuquén, Argentina, junio de 2005)¹.

Asimismo, desde una de las experiencias de trueque desarrollada en Córdoba, nos decían: "Córdoba se dividió en cuatro regiones, cuatro zonas: la zona Capital, Sierras Chicas, lo que es Alta Gracia y hay una zona que no me acuerdo cuál es, la zona de... Punilla" (conversación con integrantes del nodo Parque Villa Allende. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

Esta territorialización no resta importancia a los movimientos nacionales sino que señala que son los movimientos locales los que exacerbaban la confrontación y la resistencia (Dávalos, 2006). De este modo, por encima de sus diferencias, los movimientos sociales latinoamericanos se constituyen como movimientos territoriales, a partir de una clara defensa y promoción de la vida y la diversidad, reuniendo en un solo haz comunidad, territorio y cultura al tiempo que estos movimientos locales asocian su lucha a la satisfacción de las necesidades más elementales (Svampa, 2007).

Como nos decían desde una de las experiencias de desocupados de Córdoba:

Todo el 2003, por ejemplo, tomamos ejes de laburo en el barrio que por ahí son más lerdos [...] Acá la luz se cortaba, apenas empezó el invierno, se cortaba la luz porque el barrio que está acá arriba es un asentamiento, no tiene tendido eléctrico, entonces toma la luz de acá del mismo barrio [...] Otro de los ejes que tomamos durante el 2003 fue la del centro de salud de acá al lado, que está muy hecho bosta, no entregaban la leche desde hacía mucho, no había insumos, faltaba una pediatra, no había dinero (conversación con integrantes del Movimiento Teresa Rodríguez. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

La tierra no se considera sólo como un medio de producción sino que es el espacio en el que se construye colectivamente una nueva organización social, donde los nuevos sujetos se instituyen instituyendo su espacio, apropiándose material y simbólicamente (Zibechi, 2003). En ese sentido, territorio no es igual a tierra ya que no remite sólo a un espacio físico sino a una manera de ocuparlo, a una cultura (Zibechi, s/f).

Dichos espacios serían lugares donde cada cual puede reconocerse a sí mismo al tiempo que se identifica con los demás y donde, sin preocuparse por el control del futuro, se prepara el presente. De algún modo, allí se elabora un tipo de libertad intersticial en contacto directo con lo próximo y lo concreto (Zibechi, 2003).

Con esta revalorización del territorio en su sentido más simbólico es posible, también, la recuperación del espacio como factor de sociabilidad y solidaridad. La vida del barrio se puebla de interacciones minúsculas de las que emerge un conjunto de redes sociales que aseguran a través de su dinámica una gestión de la sobrevivencia (Zibechi, 2003). Así, desde una de las experiencias del movimiento de desocupados de Neuquén, nos decían: "empezamos a gestar pequeños emprendimientos productivos: criaderos de pollos, huertas comunitarias, talleres de reciclado de ropa, fábricas de pastas" (conversación con una de las dirigentas de Barrios de Pie. Neuquén, Argentina, junio de 2005).

En ese sentido, Ciuffolini (2007) señala que las redes sociales son, de algún modo, la resultante inversa y positiva de la disolución del tejido social. Hechas de la vida del barrio, vuelven al territorio el espacio natural de la acción y organización –comedores, cooperativas, iglesias, etc. Ellas reinventan la geografía cotidiana al poblarla de palabras y bienes que se intercambian.

De esta forma, el espacio se caracteriza por la fluidez de los lazos establecidos y por el carácter más o menos palpable, sólido y permanente de las estrategias solidarias en el que se tejen, convirtiéndose en un campo propicio para la politización de lo cotidiano (Zibechi, 2003). En ese sentido, el barrio ha vuelto a ser terreno de subjetivación. Sobre el territorio vecinal se ha operado un proceso de producción de lazo social, operación subjetiva que ha pasado de formas pasivas de ocuparlos a modalidades activas de habitarlos (Colectivo Situaciones, 2002).

En este proceso las condiciones de vida se politizan y el territorio, en tanto expresión de lo compartido, es dotado y dotador de identidad (Zibechi, 2003). En el tráfico de las pequeñas observaciones, informaciones, posiciones, decisiones y maneras de hacer que se da a través de las redes sociales del barrio, se rearticulan lo político y lo económico conforme a estrategias propias que remiten al pasado y refieren al porvenir de ese espacio (Ciuffolini, 2007).

Zibechi (2003) ha señalado que esta territorialización está relacionada con la disolución del mundo fabril que se ha operado a partir de las políticas neoliberales implementadas durante la década del noventa. Los nuevos movimientos sociales se han arraigado en espacios físicos recuperados o conquistados constituyendo ésta una respuesta estratégica de los pobres a la crisis de la vieja territorialidad de la fábrica.

En ese sentido, el significado que adquiere el territorio en la actualidad sólo puede comprenderse en el marco de la transformación del mundo del trabajo (Ciuffolini (2007). El barrio se ha perfilado como el elemento principal de la inscripción social de una masa creciente de individuos y familias que no pueden definir su estatus social ni organizar la reproducción de su vida cotidiana exclusivamente a partir de los frutos de su trabajo (Merklen, 2005).

De este modo, el barrio aparece como la base principal de la estabilización de la experiencia a través del sistema social local que estructura el mundo inmediato de las pertenencias de las personas que en él viven (familia, vecindario, etc.) y el ámbito de la acción colectiva donde se encuadran las organizaciones sociales y políticas a partir de las que se diseñan las formas de movilización (Merklen, 2005).

No obstante, Rebón (2003) advierte que, si bien se ha instalado esta lectura acerca del barrio y numerosas organizaciones de izquierda sostienen que éste es el mejor territorio para el desarrollo de una militancia, los procesos de recuperación de fábrica hacen replantearse esta mirada ya que, “si bien el barrio puede ser la fábrica, la fábrica también puede ser la fábrica”.

Al mismo tiempo, es necesario considerar que esta relevancia del territorio como lugar privilegiado de disputa emerge también a partir de la implementación de las nuevas políticas sociales diseñadas desde el poder con vistas al control y la contención de la pobreza y a partir de las nuevas modalidades que adopta la ló-

gica del capital en los espacios considerados estratégicos en términos de recursos naturales (Svampa, 2007).

“...las redes sociales son, de algún modo, la resultante inversa y positiva de la disolución del tejido social. Hechas de la vida del barrio, vuelven al territorio el espacio natural de la acción y organización –comedores, cooperativas, iglesias, etc.”

Así, si bien la superposición de actividades en el espacio barrial lo politiza, también puede transformarlo en una experiencia de confinamiento y exclusión (Ciuffolini, 2007). De esta manera, si bien por un lado las fronteras del barrio contienen la heterogeneidad del “nosotros” compuesto de una diversidad de actores sociales; por otro, ellas señalan el límite que los diferencia e, incluso, los hace ser vistos como una amenaza para el resto de la sociedad (Zibechi, 2003).

Nueva relación entre los movimientos sociales, las instituciones y los partidos desde la búsqueda de autonomía

Según Zibechi (2003), otra de las características actuales de los movimientos sociales es la búsqueda de autonomía tanto de los Estados como de los partidos políticos. Búsqueda de autonomía que, en las experiencias con las cuales nos articulamos, aparecía asociada al rechazo de ciertas maneras de “hacer política” y que aparecía en los siguientes términos: “entonces en el 2001 vos decías partido, decías hablar con un funcionario, tocabas la puerta del político y te convertías en un ser sin autonomía, incapaz de dilucidar nada, muy fuerte” (conversación con integrantes de la Asamblea Los Naranjos. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

En ese sentido, a diferencia de lo que ocurría hace algunas décadas, actualmente los comuneros, los cocaleros, los campesinos sin tierra, los piqueteros argentinos, los desocupados urbanos, etc., están trabajando de forma consciente para construir su autonomía material y simbólica (Zibechi, 2003).

Dicha autonomía aparecería no sólo como un eje organizativo sino también como un planteo estratégico que remite tanto a la autodeterminación –entendida en términos de dotarse de la propia ley– como a la construcción de un horizonte más utópico, de un mundo alternativo (Svampa, 2007).

No obstante, algunas de las personas con las que conversamos también nos advertían que esta autonomía que se ha señalado como una característica de los nuevos movimientos sociales es a veces más una exigencia –desde “otros” hacia los movimientos– que una realidad o una aspiración de las propias experiencias: “en general nosotros vemos que la gente que se ha acercado a trabajar con los piqueteros les exigen una conducta de autonomía que ningún otro sector de la sociedad lo tiene” (conversación con integrantes de la Asamblea Los Naranjos. Córdoba, septiembre 2004).

Simultáneamente, Rebón (2003), refiriéndose al caso concreto de los procesos de recuperación de fábricas, advierte que la autonomía buscada desde estas experiencias es resultado de haber sido ésta la única forma social eficaz que encontraron los trabajadores para enfrentar el desempleo y no un ideal buscado por los trabajadores. Por el contrario, muchos de los obreros que protagonizan las experiencias de recuperación de fábrica no tendrían mayores inconvenientes en retornar a trabajar bajo el mando de un patrón si éste cumpliera el contrato salarial.

En ese sentido, más que de una búsqueda activa de autonomía en relación al Estado y a los partidos políticos como la que enuncia Zibechi (2003), para Rebón (2003) habría un paternalismo dirigido hacia el Estado en la búsqueda de apoyo al mismo tiempo que, si bien en algunos cuadros de los movimientos habría una clara determinación de mantener la autonomía con relación al Estado, dicha determinación no estaría necesariamente dada ni para todos los trabajadores de base ni para todos los dirigentes.

Al mismo tiempo, si bien desde algunas de las experiencias con las que conversamos la autonomía aparecía como un significante simbólico privilegiado (Laclau, 1996) —“estaba tan instalada la discusión ésta de la horizontalidad, de la autonomía, o sea, la discusión metodológica estaba muy, muy fuerte instalada” (conversación con integrantes de Córdobaanexo. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004) —; dicha búsqueda no aparece en todas las experiencias y, en las que aparece, no es considerada como un valor absoluto sino que más bien es pensada en combinación con distintas estrategias de diálogo y negociación en relación a distintos actores sociales.

Respecto a esto último, algunos integrantes de las asambleas barriales de Córdoba nos decían: “para nosotros hay un derecho ciudadano que hay que defender porque existe el Estado y seguimos pagando impuestos y seguimos perteneciendo a esta sociedad; es un derecho; y por otro lado, tratar de construir prácticas que tengan que ver con la autonomía, con la autogestión” (conversación con integrantes de la Asamblea Los Naranjos. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

En ese sentido, siguiendo a Vakaloulis (1999), podríamos decir que ser autónomo en relación al sistema partidario y a los gobiernos no significa necesariamente transformarse en una especie de recambio antiinstitucional del descontento social sino, sobre todo, significa cuestionar una concepción antidemocrática de la gobernabilidad que transforma todo en una cuestión técnica, prácticamente fuera de control, y que resulta siempre en perjuicio de los principales interesados.

De esta manera, lo que existiría sería más bien una tendencia a aceptar cierto tipo de relación con los partidos políticos —relación en general externa y de coincidencia más que de articulación permanente o subordinación— y a establecer una nueva relación entre los movimientos sociales, las instituciones y los partidos. Esto implicaría tanto que los movimientos sociales se resistan a aceptar los condicionamientos de la *realpolitik*² como que las instituciones busquen acentuar las posibilidades de independencia y autonomía de la sociedad civil en la elaboración de sus propias necesidades y demandas (Oliver Costilla, 2007).

A la vez, Oliver Costilla (2007) señala que los movimientos tendrían actualmente una mirada crítica acerca de las posibilidades y los límites de las transformaciones en los parlamentos y en la sociedad política. Esta posición sería contrapuesta

a la sostenida en momentos anteriores, donde los objetivos estaban orientados a actuar en la esfera política institucional.

En ese sentido, los movimientos sociales que hoy existen expresan un cierto fortalecimiento de la capacidad de intervención política por parte de la sociedad civil a la vez que demuestran tener una visión más clara de la importancia de desarrollar un trabajo político-ideológico para transformar a la propia sociedad civil. Ellos han conquistado un espacio de reconocimiento social que los ha conducido a lograr una mayor aceptación por parte de las fuerzas políticas y las instituciones, así como también ha implicado que dichos movimientos asumieran roles políticos constructivos (Oliver Costilla, 2007).

Revalorización de la cultura y afirmación de la identidad

Según Zibechi (2003), la afirmación de las diferencias étnicas y de género tiene un papel relevante en los movimientos indígenas y de mujeres a la vez que comienza a ser valorada desde otros procesos de movilización. El hecho de que grandes grupos sociales queden fuera de los derechos ciudadanos parece contribuir a que se busque construir otro mundo posible sin perder las particularidades propias.

Como nos decían desde una de las organizaciones piqueteras con las que nos articulamos, las mujeres “en el barrio son parte activa y debaten mucho y aparte son compañeras que todo el tiempo están planteando su superación a través de la formación, de talleres de historia” (conversación con una de las dirigentes de Barrios de Pie. Neuquén, Argentina, junio de 2005).

En conexión con esto, Gutiérrez (1989) señala que los nuevos movimientos sociales tocan dos aspectos fundamentales: la revalorización de la persona (calidad de vida, autosuficiencia y valorización cultural de tradiciones populares) y el ataque directo al corazón del capitalismo (lucha contra el consumo, movilización contra el industrialismo salvaje y el complejo económico-militar, etcétera).

Relacionado con esto último, integrantes de uno de los nodos de trueque de Córdoba nos decían: “el trueque es un sistema de valores, que atiende a la generación del trabajo y no al lucro, al intercambio justo y equitativo y no a la especulación. Básicamente era esto como lo más digno, lo más genuino del trabajo que apuntaba a la equidad de poder intercambiar tu esfuerzo de trabajo con el del otro, a eso apuntaba al principio” (conversación en Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

La generación de espacios de educación y la capacidad de formar intelectuales propios

Para Zibechi (2003), los movimientos están tomando en sus manos la educación y la formación de sus dirigentes, con criterios pedagógicos propios a menudo inspirados en la educación popular, quedando atrás el tiempo en el que intelectuales ajenos al movimiento hablaban en su nombre. Así, agrega este autor, movimientos como el piquetero se plantean la necesidad de tomar la educación en sus manos asumiendo que los Estados nacionales han tendido a desentenderse de la formación.

En ese sentido, una de las dirigentes de Barrios de Pie de Neuquén nos relataba la experiencia de su organización en torno a la alfabetización y la educación popular:

Nosotros iniciamos la experiencia a través de este programa “Yo sí puedo”, y el año pasado, a fines del año pasado, el gobierno nacional, el gobierno de Kirchner, instrumenta el programa Encuentro, que es de alfabetización de jóvenes y adultos, donde nosotros nos sumamos a esa campaña y hoy, en Neuquén, tenemos 25 centros de alfabetización de adultos abiertos. Pero por un lado está lo de alfabetización de adultos... ahora, todo lo que es la educación popular atraviesa todo lo que es el funcionamiento de nuestra organización porque nos plantea nuevas formas de construir estas instancias organizativas a través de la organización popular, técnica que nos permite, fundamentalmente, a compañeros que nunca tuvieron lugares de discusión y lugares de decisión, romper con esta cuestión de que ellos no pueden decidir, ellos no pueden opinar, bueno... A partir de algunas técnicas concretas de educación popular nosotros hemos podido estructurar todos los ámbitos organizativos de Barrios de Pie (conversación mantenida en Neuquén, Argentina, junio de 2005).

Experiencias clave en este sentido son las protagonizadas por los indígenas ecuatorianos que han puesto en pie la Universidad Intercultural de los Pueblos y Nacionalidades Indígenas –que recoge la experiencia de la educación intercultural bilingüe en las casi tres mil escuelas dirigidas por indios–, y la de los trabajadores rurales sin tierrade Brasil, que dirigen en sus asentamientos 1.500 escuelas y múltiples espacios de formación de docentes, profesionales y militantes (Caldart, 2000 citado en Zibechi, 2003). Asimismo, cabe mencionar la experiencia de los indígenas zapatistas en Chiapas, México, quienes después del levantamiento de 1994 pusieron en marcha un sistema de educación autónomo (Parra, 2002).

“Las formas de acción instrumentales de antaño –cuyo mejor ejemplo es la huelga– tienden actualmente a ser sustituidas por formas autoafirmativas a través de las cuales los nuevos actores se hacen visibles y reafirman sus rasgos y señas de identidad”

La construcción de un nuevo papel de las mujeres

Zibechi (2003) destaca también el fenómeno de que, en la actualidad, mujeres indígenas, campesinas, piqueteras, etc. se desempeñan como diputadas, comandantes y dirigentes sociales y políticas ocupando lugares destacados en sus organizaciones. Este hecho, según el mencionado autor, es la parte visible de un fenómeno mucho más profundo: el establecimiento de nuevas relaciones entre los géneros dentro de las organizaciones sociales y territoriales que emergieron de la reestructuración de las últimas décadas.

No obstante, este hecho no es algo dado sino un proceso en plena construcción que tiene avances y también retrocesos. En ese sentido, desde la experiencia de Barrios de Pie nos decían que, si bien la mayoría de quienes integran el movimiento son mujeres, dicha mayoría no se ve reflejada en los cargos de conducción:

Nuestra organización está mayoritariamente compuesta por mujeres, el 80% de Barrios de Pie acá en Neuquén y creo que es un fenómeno general de las piqueteras [...] mujeres que hacen de todo, o sea, que coordinan los grupos de laburo, que coordinan emprendimientos productivos, que participan en el área de salud, de educación, o sea [...]. [Sin embargo] el primer problema

que detectamos es ese, la poca confianza que se tiene en las compañeras para conducir ciertos espacios [...] al momento de coordinar y de conducir el grupo siempre aparece un hombre [...] es uno de los grandes déficits que creo tiene que ver con una cuestión cultural ancestral ¿no? (conversación con una de las dirigentes de Barrios de Pie. Neuquén, Argentina, junio de 2005).

Reestructuración de la organización del trabajo y la relación con la naturaleza

En los movimientos actuales, según Zibechi (2003), se tiende a visualizar la tierra, las fábricas y los asentamientos como espacios en los que se puede producir sin patrones ni capataces y donde se pueden promover relaciones igualitarias y horizontales con escasa división del trabajo.

No obstante, en el caso de las fábricas recuperadas con las que nos hemos articulado, parece haber cierta coexistencia entre las formas de organización más jerárquicas que vienen de antes y las formas más igualitarias y horizontales que se busca generar:

Hay una estructura piramidal en cada uno de los niveles, no obstante lo cual, para las cuestiones empresarias y las cuestiones de la empresa en sí y las cuestiones societarias, se deciden, cada socio tiene un voto, se deciden en asamblea... la asamblea tiene que tener un número mínimo de socios y la asamblea decide, la asamblea decide por mayoría de votos (conversación con integrantes de la Cooperativa La Prensa. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

Estos espacios se asentarían en nuevas relaciones técnicas de producción que buscan cuidar el medioambiente y no generar alienación (Zibechi, 2003).

En relación a este último punto, desde una de las cooperativas nos hablaban de un trabajo más humanizado en el que se establece un vínculo diferente con el producto que se elabora, un trabajo que en alguna medida se contrapone al impuesto desde la lógica capitalista:

La organización cooperativa exige al trabajador algo más que no es más trabajo, que es una visión diferente sobre su trabajo. El trabajador de cooperativa es, además de trabajador, dueño de la empresa. Entonces tiene que aplicar una visión diferente y tiene una ligazón diferente con el producto, con lo que produce. Esto hace que el trabajo en sí sea más humanizado. Y hace que haya un mayor involucramiento y un mayor interés de la persona en el producto que trabaja y hace que haya una mayor coresponsabilidad entre todos y, como te digo, si alguien hace algo que perjudica al diario, te está perjudicando a vos directamente porque vos sos directo beneficiario o directo perjudicado del beneficio o perjuicio de la empresa. No como el sistema capitalista que una empresa te dice "che tiremos todos para adelante que si la empresa anda bien nos va a ir bien a todos", no es así, es un verso o es algo muy indirecto. En cambio acá es así, está reglamentado por ley que es así (conversación con integrantes de la Cooperativa La Prensa. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

Continuidades y discontinuidades en los formatos y los sentidos de la acción colectiva

Para Zibechi (2003), las formas de acción instrumentales de antaño –cuyo mejor ejemplo es la huelga– tienden actualmente a ser sustituidas por formas autoafirmativas a través de las cuales los nuevos actores se hacen visibles y reafirman sus rasgos y señas de identidad.

Como ejemplo de ello, el mencionado autor coloca a los piqueteros, quienes –dice– sienten que en el único lugar donde la policía los respeta es en el corte de ruta. Al mismo tiempo, menciona a las Madres de Plaza de Mayo, quienes –sostiene– han tomado su nombre del espacio público del cual se apropiaron hace 25 años.

En el mismo sentido, Svampa (2007) sostiene que los movimientos sociales actualmente están desarrollando una respuesta que no es meramente defensiva sino que contiene una dimensión más proactiva que abre la posibilidad de pensar nuevas alternativas emancipatorias a partir de la defensa y promoción de la vida y la diversidad.

Dichos movimientos adoptan una forma de acción directa no convencional y disruptiva con una poderosa capacidad destituyente, como herramienta de lucha generalizada. Esta primacía de la acción no institucional pone de manifiesto la crisis y el agotamiento de las mediaciones institucionales (partidos, sindicatos, etc.) y aparece como la única herramienta eficaz de aquellos que no tienen poder frente a los que tienen poder, en el actual contexto de gran asimetría. Dicha acción directa no desemboca necesariamente en una acción instituyente (Svampa, 2007).

Respecto a esto último, desde algunas de las Asambleas Barriales que se desarrollaron en Córdoba nos decían que una de las características de esta experiencia había sido el tener claro a qué se oponían –“tenemos muy claro lo que no queremos, está muy claro y ahí también se vio, no queríamos tal cosa. Por eso el ‘que se vayan todos’, reflejaba muy bien esa situación” (conversación con integrantes de la Asamblea del Barrio Poeta Lugones. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004)–, pero sin tener el mismo grado de claridad respecto a qué querían construir.

No obstante lo anterior, según observa Cotarelo (2007), si bien hay una cierta tendencia a la desinstitucionalización, debe advertirse que, por ejemplo, aunque suela asociarse al movimiento de desocupados la utilización casi exclusiva del corte de ruta o de calle –de ahí el origen del nombre “movimiento piquetero”–, no todos los que utilizan este instrumento son desocupados y éstos a la vez utilizan también otros instrumentos de lucha.

Desde nuestra perspectiva, y en relación con los formatos de las acciones colectivas que se desarrollan actualmente, entendemos que éstas están atravesadas por la tensión que se da entre la dimensión *confrontativa* de dichas acciones y su carácter alternativo-autónomo –“nosotros decíamos, no es tomar la fábrica sino poner a producir la fábrica” (conversación con integrantes de FaSinPat Barcelona, España, abril de 2005)– prevaleciendo, según el caso y el momento, una u otra de estas dimensiones.

Entendemos por acciones de carácter *confrontativo* aquellas que se mueven desafiando las formas y los espacios de poder establecidos: lo que De Certeau (2000) denomina el espacio de la táctica, lo que Lanzara designa como acciones de exploración o lo que otros autores denominan protesta o conflictividad social (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2001; Seoane y Taddei, 2000).

Entendemos por acciones de carácter alternativo-autónomo a aquellas que se dirigen sobre todo a la construcción de espacios alternativos y autónomos: lo que De Certeau (2000) llama estrategia, lo que Lanzara denomina acciones de exploración o lo que otros autores designan como lo alterno (Gutiérrez, 1989), el contra-

poder (Negri, 2003), el antipoder o antipolítica (Holloway, 2002) o la infrapolítica (Scott, 2003).

Por su parte, Dávalos (2006) sostiene que el problema es que los movimientos sociales actuales no han podido deconstruir aún el concepto de democracia liberal e integrar esa deconstrucción dentro de sus prácticas políticas emancipatorias. Es decir, cuestionan a la democracia liberal, pero al mismo tiempo se adscriben a ella como único horizonte posible en la disputa del poder. A la noción de lucha de clases oponen aquellas de representación política y democracia representativa y procedimental; a la noción de revolución oponen aquella de libertad individual.

Para el mencionado autor, las luchas de los nuevos movimientos sociales se proponen la defensa de una institucionalidad liberal. De esta forma, el mercado se constituye como centro articulador de racionalidades desapareciendo no sólo la planificación como posibilidad humana de controlar la producción y distribución de la propia riqueza, sino desvaneciéndose en el campo analítico la noción de lucha de clases y sometiéndolo los conflictos por el excedente al arbitrio de leyes naturales de la economía. La hipótesis mistificadora de la "mano invisible" sirve para encubrir de un manto de metafísica las relaciones de poder que son inherentes a la lucha de clases.

En ese sentido, los movimientos sociales entrarían en discusión y disputa con ciertos contenidos del proyecto del Estado mínimo, pero no disputarían la globalidad de la agenda neoliberal, disputarían la política pero no el poder (Dávalos, 2006).

Sin embargo, Oliver Costilla (2007) discrepa un poco con esta postura y señala que los nuevos movimientos sociales están recuperando la concepción de ciudadanía con derechos, la noción de participación y la construcción de espacios públicos no burocráticos con un horizonte que va más allá de la democracia liberal. Dichos movimientos no estarían caminando en el sentido del reforzamiento de lo que O'Donnell denomina la democracia delegativa sino que, por el contrario, ellos se orientarían al empoderamiento de la sociedad civil disputando la agenda neoliberal tanto en la economía como en la política.

El desarrollo de formas assemblearias de organización

Según Svampa (2007), en la medida en que la política institucional devino cada vez más autorreferencial, más ligada a una democracia de tipo delegativa y decisionista, la acción colectiva no institucional se ha encaminado al desarrollo de formas de democracia directa.

Desde nuestro trabajo, parte de esas formas de ejercicio de democracia directa la encontramos en la propuesta de estatización bajo control obrero que han hecho los obreros de FaSinPat:

[...] nosotros lo que proponemos es una estatización bajo control obrero. O sea, ellos pueden poner todo el personal que quieran hoy para que administren la fábrica, está todo bien, pero nosotros vamos a dejar un grupo de compañeros que va a ser elegido en asamblea y va a ser renovado en asamblea, que su deber será controlar que si se ganan 100 mil pesos, dónde se invirtieron, y si dicen no, lo llevamos a tal hospital, vamos a tal hospital y lo veamos. ¿Se hizo o no eso? (conversación con obreros de FaSinPat. Barcelona, España, abril de 2005).

La democracia directa y la emergencia de nuevas estructuras de participación que tienen un fuerte carácter asambleario se refleja en la tendencia a crear estructuras flexibles, no jerárquicas, proclives al horizontalismo y a la profundización de la democracia (Svampa, 2007).

Esta forma asamblearia no sólo implica más derechos sino también más responsabilidades para todos los que participan en una experiencia de lucha social:

Porque el tema de la asamblea quiere decir justamente esto, no es que el sindicato es el responsable de todo, el sindicato es responsable en la medida que los trabajadores lo hagan responsable. Ese es el tema de la asamblea, si yo voto para que mi representante sindical mañana vaya y haga tal cosa, en primer lugar tengo que asegurarme que haga eso y en segundo lugar tengo que respaldarlo porque no lo voy a dejar solo. Entonces también implica que hay un compromiso de las dos partes. En esto era fácil cuando hay si se quiere un burócrata que dice yo me hago cargo de todo, pero ojo, se hace lo que yo digo, pero justamente, como la responsabilidad es de él solamente, podía o no consultarte; cuando vos decís, vamos a trabajar en asamblea, es justamente para trabajar en las dos cosas. No es que yo voy a representarte a vos pero mañana tengo una persecución o algo y vos me vas a dejar a pata, también implica una responsabilidad del trabajador o del compañero (conversación con integrantes de FaSinPat. Barcelona, España, abril de 2005).

En este marco, cobra centralidad la forma asamblearia de organización —“las resoluciones importantes se toman por asamblea, se decide por asamblea” (conversación con integrantes de la Cooperativa ADOS. Neuquén, Argentina, junio de 2005)— en sus diferentes niveles y expresiones, que recrea y potencia antiguas y nuevas formas de sociabilidad y resistencia al tiempo que va diseñando un nuevo paradigma de la política concebido desde abajo (Svampa, 2007).

Esta forma asamblearia implica nuevas formas de relacionarse, de tomar decisiones, de construir un espacio colectivo: “la nueva forma de relacionarse, la nueva forma de ver que las decisiones tienen que ser colectivas, no individuales, los mandatos revocables, las decisiones asamblearias, la participación de comisiones y dándole forma a una nueva identidad de los compañeros y compañeras de los barrios” (conversación con integrantes del Movimiento Teresa Rodríguez. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

Compromisos militantes intermitentes

Siguiendo a Vakaloulis (1999) podemos decir que, si bien en la actualidad los individuos participan en movilizaciones y protestas en función de objetivos comunes que comparten con otros, no es menos cierto que las personas manifiestan preocupaciones personales de autonomía y participación directa. Dichas preocupaciones hacen que los individuos no sean muy proclives a ponerse al servicio de algo que trascienda sus posibilidades de control y que sus compromisos sean más bien intermitentes o discontinuos.

Así, desde una de las asambleas barriales de Córdoba nos señalaban la diferencia en las formas de participación que encontraban entre los “viejos militantes” y la gente que nunca antes había tenido una experiencia de participación política:

Yo lo que veía era que los que habían sido militantes tenían más constancia, o sea, son los que duraron hasta el fin. Hasta el fin, o sea, hasta hoy si nos llamamos por teléfono todos nos juntamos, pero

por esa educación de militantes de hacer un trabajo. En cambio los vecinos, o la gente que nunca había militado, iba con el entusiasmo de re-encontrar algo nuevo y como que mágicamente pensaban, como que ellos ya se habían liberado, que todo iba a cambiar [...] Surgió algo muy idealista, muy bueno, pero se fue desgastando al ver que se necesitaba mucho trabajo (Conversación con una de las integrantes de la asamblea barrial de Alto Alberdi. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

Si bien esta forma de militancia intermitente puede entenderse en términos de una falta de compromiso, probablemente sea más prometedor pensarla como la modalidad posible en la actualidad de ejercer ciertas militancias.

“Existe entonces una dispersión en la ubicación de un horizonte emancipatorio, nuevas visiones sobre el poder y la participación popular, nuevas propuestas de organización, nuevas plataformas de acción y convergencia”

Una visión más amplia de las relaciones de poder

Con la aparición de los nuevos movimientos sociales, algunas de las certezas que estaban relativamente claras en la lucha política de los movimientos revolucionarios, y también en la clase obrera –como la noción del poder en tanto requisito para el cambio revolucionario del sistema, o la noción del partido como organización especializada y hecha para el tránsito revolucionario y para captar el poder–, se comienzan a transformar radicalmente. Dichos movimientos no reclaman el poder ni tampoco adscriben a la conformación de partidos centralizados, jerárquicos y “profesionales” sino que, por el contrario, se sitúan al margen de lo que tradicionalmente la izquierda denomina poder (Oliver Costilla, 2007).

Según Oliver Costilla (2007), estos nuevos movimientos sociales tienen una mirada más amplia respecto a las relaciones de poder. Dicha visión hace que la acción de dichos movimientos se oriente tanto a propiciar cambios en las instituciones o en las leyes como a incidir en la determinación del interés público. Asimismo, esta mirada los lleva a constituirse en elementos de transformación de las formas mercantiles de sociabilidad de la sociedad civil a partir de la lucha por derechos.

Al tener una visión descentrada del poder, una visión más laxa de la organización, un discurso más abierto y una militancia diversa y dispersa, los movimientos sociales se enfrentan al desafío de cambiar al sistema y de proponer una visión alternativa del poder (Oliver Costilla, 2007).

Así, más que ofrecer respuestas acabadas, las distintas experiencias de movilización social buscan instalar interrogantes sustanciales sobre el poder, la política, la organización, etc., interrogantes que se tendrían que ir respondiendo en el camino de la lucha por un sistema alternativo y desde una visión de poder alternativa (Oliver Costilla, 2007).

En ese sentido, los nuevos movimientos sociales apuntan a la generación de nuevas concepciones y prácticas y al hacerlo expresan la crítica de la experiencia de los movimientos obreros y los proyectos socialistas del siglo XX. Existe entonces una dispersión en la ubicación de un horizonte emancipatorio, nuevas visiones so-

bre el poder y la participación popular, nuevas propuestas de organización, nuevas plataformas de acción y convergencia, etcétera (Oliver Costilla, 2007).

No obstante, al menos desde algunas de las experiencias con las que nos hemos articulado, esta manera novedosa de entender el poder aparece mucho más matizada y combinada con las ideas que podríamos denominar “más clásicas” respecto al poder y a las maneras de entender la organización colectiva.

En ese sentido, por ejemplo, nos decían:

La conformación de una herramienta colectiva y solidaria es parte de la idea nuestra de construcción de poder popular. La democracia participativa, el protagonismo popular es parte de la concepción que Patria Libre tiene de cómo construir espacios de poder popular. Lo tiramos al interior del movimiento y eso se va incorporando paulatinamente, pero los compañeros ni son afiliados del partido, ni son militantes del partido (conversación con una de las dirigentes de Barrios de Pie. Neuquén, Argentina, junio de 2005).

Asimismo, como alguna vez le comenté, tímidamente, a Holloway en una charla que dio en Barcelona respecto al título de su libro *Cambiar el mundo sin tomar el poder* y la experiencia zapatista: sí, puede ser que por una parte los zapatistas intenten cambiar el mundo sin tomar el poder; sin embargo, esta idea da cuenta solamente de una parte de la lucha zapatista, ya que ellos tampoco abandonan en su búsqueda la conquista de los que podríamos denominar espacios “clásicos” de ejercicio de poder.

Así, quizás, más que enfatizar las nuevas miradas respecto al poder y descartar las más clásicas, podríamos hablar de la ampliación de las maneras de entender el ejercicio del poder en los nuevos movimientos sociales.

Articulaciones que se configuran a modo de redes sociales

Si bien existen diferencias importantes entre los movimientos sociales más estructurados políticamente y aquellos que congregan el encuentro de distintas oposiciones y crean espacios abiertos de articulación a nivel nacional e internacional, en general, dichos movimientos adoptan forma de redes, agregados laxos y semiorganizados que amplían el campo de agregación de fuerzas e incluso ultrapasan los límites nacionales estableciendo alianzas informales con movimientos de otros países (Oliver Costilla, 2007).

Estas redes en formación permiten a los movimientos sociales de nuestros países dependientes contar con la solidaridad económica y flujo de información alternativa que ayudan a consolidar acciones. En una etapa caracterizada por las violaciones salvajes de los derechos humanos, las redes articuladas entre los movimientos liberadores de los países industrializados y los dependientes operan como foro internacional y, en ocasiones, de resguardo (Gutiérrez, 1989).

Las luchas de estos movimientos no son necesariamente excluyentes, sino que son expresión de la pluralidad y la diversidad de las oposiciones a los procesos de expropiación que llevan a cabo las fuerzas transnacionales, al aumento de la desigualdad y la fragmentación social que está alterando negativamente la estructura social, a los patrones económicos y las instituciones políticas dominantes en situación de crisis larvada o abierta (Oliver Costilla, 2007).

Desde las experiencias con las que nos hemos articulado, aunque no en todos los casos, sí hemos relevado articulaciones internacionales establecidas desde las distintas experiencias locales. En ese sentido, los obreros de FaSinPat obtuvieron, por ejemplo, una importante adhesión en la firma de un petitorio vía internet; hicieron una presentación ante la embajada argentina en Roma de una carta que, en su momento, fue elevada al gobierno argentino para que el presidente Néstor Kirchner y el gobernador Sobisch se expresaran sobre la gestión de la cerámica “Zanón, bajo control obrero”; realizaron la campaña internacional “Solidaridad con los obreros de Zanón” lanzada a cuatro años del inicio de la gestión obrera; y convocaron a realizar acciones de lucha y difusión en apoyo a la gestión durante los acontecimientos del campeonato mundial de fútbol profesional en Alemania, en 2006.

Dicha solidaridad es, de algún modo, resultado de las múltiples actividades que los obreros han ido realizando al recorrer distintos países del mundo: entrevistas en radios de Barcelona y Estocolmo, charlas en organizaciones y universidades de distintos lugares (Roma, Barcelona, Madrid, Estocolmo, etcétera).

La emergencia de coordinaciones, en el plano regional o internacional, entre distintos movimientos y organizaciones nacionales

Svampa (2007) habla de la conformación de un nuevo internacionalismo haciendo referencia a la multiplicación de los espacios de coordinación y foros sociales que se ha dado a partir de 1999 y que apunta a la potenciación y convergencia de diferentes luchas contra la globalización neoliberal. Más allá de las diferencias ideológicas y sociales –dirá esta autora–, desde Seattle, Génova, Porto Alegre y Nairobi hasta las jornadas globales contra la guerra en Irak, ha venido conformándose un discurso antisistémico, crítico respecto de la globalización neoliberal, que reconoce por lo menos tres elementos comunes: un cuestionamiento a las nuevas estructuras de dominación surgidas de la transnacionalización de los capitales, el rechazo de la mercantilización creciente de las relaciones sociales, producto de la globalización, y la revalorización y defensa de la diversidad cultural.

Estas nuevas experiencias tiñen de manera profunda y singular la práctica de los movimientos sociales (Petras, 2003) e implican una situación de continuidad pero a la vez de ruptura con las pasadas tradiciones de solidaridad y articulación sociopolítica a nivel mundial que habían cristalizado, entre otras formas, en las bautizadas y sucesivas Internacionales desde fines del siglo XIX.

Este internacionalismo se revela nuevo justamente por el carácter eminentemente social de los actores involucrados, que aparecían referidos mayoritariamente bajo la nominación de “movimientos sociales”, aunque este carácter estaba lejos de suponer –por si hiciera falta la aclaración– la ausencia de inscripciones ideológico-políticas. Otras características que fueran referidas respecto de su novedad fueron la heterogeneidad y amplitud de los sujetos sociales abarcados en estas convergencias de movimientos (desde organizaciones sindicales, campesinas, indígenas, de mujeres, ambientalistas, estudiantiles, etc.), la extensión geográfica que las mismas alcanzaban y las formas organizativas que asumieron estas

articulaciones que priorizaban la coordinación de acciones globales y campañas comunes (Seoane y Taddei, 2000).

Desde las experiencias con las que nos hemos articulado, si bien no han sido muchas las organizaciones que nos hayan relatado la participación en estos espacios, sí podemos mencionar la participación de los obreros de FaSinPat y también la experiencia zapatista de haber organizado en su propio territorio uno de estos encuentros internacionales.

Reflexiones finales

Como dijimos inicialmente, la década que va de 2000 a 2010 registra una nueva configuración de los procesos de movilización social en América Latina que tiene sus inicios en el aumento de la conflictividad social producido durante la década del los noventa como contrapartida de la implementación de las políticas neoliberales.

Esta nueva configuración, no obstante, no abarca todas las experiencias de lucha social aunque sí presenta tendencias nuevas que desafían la comprensión y conceptualización de las ciencias sociales de hoy y que hemos sintetizado a través de los siguientes ítems: la fragmentación de las formas de protesta y articulaciones incipientes; la territorialización de las formas de lucha y resignificación de antiguos espacios; la nueva relación entre los movimientos sociales, las instituciones y los partidos desde la búsqueda de autonomía; la revalorización de la cultura y afirmación de la identidad, la generación de espacios de educación y la capacidad de formar los propios intelectuales; la construcción de un nuevo papel de las mujeres, reestructuración de la organización del trabajo y la relación con la naturaleza, las continuidades y discontinuidades en los formatos y los sentidos de la acción colectiva, el desarrollo de formas asamblearias de organización, compromisos militantes intermitentes, articulaciones que se configuran a modo de redes sociales y la emergencia de coordinaciones en el plano regional o internacional entre distintos movimientos y organizaciones nacionales.

En función de producir un conocimiento *situado* (Haraway, 1991), a través de este artículo hemos intentado poner en diálogo cada una de estas características enunciadas por diferentes estudiosos del tema con las experiencias de movilización social con las que nos hemos venido articulando. Dichas experiencias han re-actualizado, confirmado o puesto en tensión estas conceptualizaciones siempre provisionales generando, quizás, más que afirmaciones, algunas preguntas, dudas e interrogantes acerca de cuáles son las maneras en que las acciones colectivas se van configurando actualmente en nuestros países.

Este trabajo es parte de un camino siempre abierto que ya otros venían transitando y que invitamos a que pueda ser también continuado por otros compañeros de ruta.

Bibliografía

Ciuffollini, María Alejandra (comp.) 2007 *En el llano todo quema: movimientos y luchas urbanas y campesinas en la Córdoba de hoy* (Córdoba: Universidad Católica de Córdoba).

- Colectivo Situaciones 2002 *19 y 20: apuntes para el nuevo protagonismo social* (Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano).
- Cotarelo, María Celia 2007 "Movimientos sociales, partidos y los nuevos formatos organizativos. Tercera parte", clase del curso virtual *Resistencias, luchas emancipatorias y la cuestión de la alternativa* del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia (PLED).
- Dávalos, Pablo 2006 "Movimientos sociales y razón liberal: los límites de la historia" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VII, N° 20, noviembre.
- de Certeau, Michel 2000 *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer* (México: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente).
- Gutiérrez, Guillermo 1989 "Argentina. Los nuevos movimientos populares. Respuesta a una situación estructural" en *Revista Alternativa Latinoamericana* (Mendoza: Alfa) N° 6.
- Haraway, Donna 1991 *Ciencia, Cyborg y Mujeres. La reinención de la naturaleza* (Madrid: Cátedra).
- Holloway, John 2002 *Cambiar el mundo sin tomar el poder* (Madrid: El viejo topo).
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia 2001 "La insurrección espontánea", trabajo inédito del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (Buenos Aires: PIMSA).
- Merklen, Denis 2005 *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)* (Buenos Aires: Gorla).
- Negri, Antonio 2003 *Diálogo sobre la globalización, la multitud y la experiencia argentina* (Barcelona: Paidós).
- Laclau, Ernesto 1996 *Emancipación y Diferencia* (Buenos Aires: Ariel).
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal 1985 *Hegemonía y Estrategia Socialista* (Madrid: Siglo XXI).
- Oliver Costilla, Lucio 2007 "Cuatro puntos sobre movimientos sociales, partidos y los nuevos formatos organizativos en América Latina. Segunda Parte", clase del curso virtual *Resistencias, luchas emancipatorias y la cuestión de la alternativa* del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia (PLED).
- Parra, Marcela Alejandra 2002 "Sociedad Civil, Movimiento Zapatista y Conflicto en Chiapas", tesis para optar al grado de maestra en Ciencias Sociales, FLACSO-México, inédita.
- Petras, James 2003 "Argentina: valoración general tras 18 meses de lucha", en <www.rebellion.org/hemeroteca/petras/030611petras.htm> acceso 20 de julio de 2011.
- Rebón, Julián 2003 "Algunas reflexiones preliminares acerca de los denominados procesos de recuperación en la Ciudad de Buenos Aires", trabajo realizado para el curso *Neoliberalismo y configuración de la Protesta Social en América Latina* del campus virtual del CLACSO, inédito.
- Scott, James 2003 (1990) *Los dominados y el arte de la resistencia* (España: Txalaparta).
- Seoane, José y Taddei, Emilio 2000 "La conflictividad social en América Latina" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año I, N° 2, septiembre.

- Seoane, José y Taddei, Emilio 2003 "Neoliberalismo y conflicto social en América Latina", clase N° 1 del curso *Configuración de la protesta social en América Latina* del campus virtual del CLACSO.
- Svampa, Maristella 2007 "Movimientos sociales y escenario político: las nuevas inflexiones del paradigma neoliberal en América Latina", trabajo presentado en la *VI Cumbre del Parlamento Latinoamericano*, Caracas, 31 de julio al 4 de agosto de 2007, en <<http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo38.pdf>> acceso 24 de diciembre de 2007.
- Tarrow, Sydney 1997 *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política* (Madrid: Alianza).
- Vakaloulis, Michel 1999 "Antagonismo y Acción Colectiva" en *Travail Salarié et Conflit Social, Actuel Marx Confrontation* (París: PUF).
- Zibechi, Raúl - Artículos varios en *América Latina en Movimiento (ALAI)*, en <<http://alainet.org/>>.
- Zibechi, Raúl 2003 "Movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año IV, N° 9, enero.

Notas

1 Usamos el término "conversaciones" y no "entrevistas semiestructuradas" en función de resaltar la construcción conjunta de conocimiento que se realiza entre investigadores e investigados y para poner en cuestión la división tajante entre sujeto/objeto de conocimiento. El uso que hacemos del término "conversación" está inspirado en el concepto de "articulación" propuesto por Donna Haraway (1991) con el cual la autora alude a "conexiones parciales llamadas solidaridad en la política y

conversaciones compartidas en la epistemología" que se establecen entre los sujetos que forman parte de una investigación.

2 *Realpolitik* (política de la realidad, en alemán) es la política exterior basada en intereses prácticos más que en la teoría o la ética. La *realpolitik* aboga por el avance en los intereses nacionales de un país, en lugar de seguir principios éticos o teóricos. Consultado en <<http://es.wikipedia.org/wiki/Realpolitik>> acceso 23 de diciembre de 2009.